

ficado en la Santa ; pues habiéndose dislocado el pié, Melania se lo compuso sin dolor alguno.

En fin, cuatro años después de la muerte de su marido, sabiendo que su fin estaba próximo, aun quiso visitar otra vez los santos lugares de Jerusalén y de los alrededores. Pasó el día de Navidad en Belén, declarando que era la última vez de su vida. Al día siguiente, habiendo vuelto á Jerusalén, como ella rogara con mucho fervor en la iglesia de san Estéfano, la fiebre la cogió, y enseguida recibió los sacramentos de Jesucristo.

Los eclesiásticos, los religiosos, los solitarios, y los pueblos de los alrededores acudieron en masa, así que la noticia de su enfermedad se divulgó. El obispo de Eleuterópolis también acudió con todo su clero. Cada uno manifestaba un extremo disgusto de perderla ; y ella los consolaba á todos, y en particular á su prima. Por fin murió el domingo 31 de diciembre del año 439, á la edad de 57 años. La Iglesia griega marca su fiesta el mismo día, lo mismo que la Iglesia latina en su *Martirologio*¹.

SAN ZOZIMO Y SANTA MARIA LA EGIPCIACA.²

Se ha creído que estos Santos vivían en el siglo sexto, y que su vida había sido escrita por Sofronio de Jerusalén. Pero los continuadores de Bolando han probado que vi-

¹ Hemos seguido la cronología de Tillemont en esta historia, así como las memorias que él dió sobre la vida de santa Melania relatada por Surio, cuya exactitud se puede ver en este autor y en el cardenal Baronio.

² Los Bolandistas.

vieron más de ciento cincuenta años antes, y que el autor que nos ha transmitido sus actas era casi su contemporáneo, mientras que san Sofronio vivió doscientos años después de ellos. Seguiremos, pues, esta sentencia, como fundada sobre pruebas demasiado sólidas para posponerle á otro.

San Zozimo vivía, pues, en tiempos de Teodosio el Joven. Desde la infancia fué educado en un monasterio de Palestina, donde teniendo continuamente objetos de edificación delante de los ojos y oyendo hablar sin cesar de Dios, sólo se nutrió de piedad. Sus progresos respondieron perfectamente á una santa educación. No se contentó con ser muy exacto en todos los deberes regulares y practicar todas las austeridades de la regla ; á éstos añadió otros que no estaban prescritos, y se distinguió tan bien entre sus hermanos, que la fama de su santidad voló á lo lejos. Esto atrajo muchos solitarios á él, no solo de los monasterios vecinos, sino también de los más remotos, apresurándose todos á ir á ponerse bajo su dirección para aprender de él á marchar fielmente por los senderos de Dios.

Para esto tenía un talento maravilloso que había adquirido con la pureza de su vida, con su asiduidad en la oración y con la meditación continua de los oráculos del Espíritu Santo. Toda su ocupación consistía, ó en cantar salmos ó en repasar en su alma aquello que había leído en la santa Escritura. En ello pensaba en su trabajo, en la mesa, en la cama, en todo tiempo. De esto nunca quedaba saturado ; y nutría su alma de este celestial alimento con un gusto siempre nuevo. El hábito que en este ejercicio había contraído le duró hasta la muerte ; y aunque en su vejez parecía que nada le quedaba que aprender en la vida espiritual, tanto para su propia edificación como para la instrucción de los otros, no dejaba de continuar de instruirse en los Libros santos, como si no hubiese hecho más que empezar. Dios ya recompensó desde esta vida aquel amor

que profesaba á su divina palabra. Le abrió los ojos del alma de una manera más particular para que penetrara el sentido oculto de los mismos. Le favoreció con visiones y otras gracias extraordinarias, y le dió como prendas de los bienes futuros por los insignes favores con que le honró ; y Zozimo por su parte presentaba á sus divinas comunicaciones un cuerpo puro y una alma sincera, desapegada del afecto á la tierra y toda consagrada á su santo amor.

Tal era este Santo solitario en esta compañía de fervorosos siervos de Dios, á quienes edificaba con sus buenos ejemplos y animaba con sus instrucciones. Por más que su piedad fuese sólida, y por tanto fundada sobre la humildad, en cierta ocasión el demonio lo tentó de vana complacencia sobre sí mismo, y le hizo pensar que no había práctica alguna en la perfección religiosa en la cual no fuese ejercitado, y que ninguno de los anacoretas había llegado al mismo grado de virtud que él. Esta tentación se le presentó como había hecho con algunos otros santos solitarios, á quienes el espíritu de la tinieblas había tratado de combatir con la vanidad, no habiendo podido alcanzar victoria contra ellos con otras tentaciones más groseras. Mas mientras derramaba su espíritu en estas imaginaciones, Dios se sirvió, para hacerle conocer su ilusión, del mismo medio que había empleado para impedir que otros Santos cayeran en ellas ; y á la manera que en semejante ocasión había revelado á san Antonio la vida perfecta de san Pablo, quien con el tiempo edificó á toda la Iglesia así también hizo conocer á Zozimo una sociedad de cenobitas más perfectos que él, y una Santa, de la cual lo que después relató no edificó menos á los cristianos que la relación de san Antonio.

Un personaje que no conocía, y que no podía ser más que un espíritu celestial que le aparecía bajo una forma humana, se le presentó y le dijo : « Oh Zozimo ! es verdad que

tú has llegado á un grado de virtud muy alto, de suerte que te parece que ya no puedes adquirir más ; pero sepas que nadie se puede llamar perfecto en este mundo, y que en la perfección siempre hay progresos que hacer ; y para que te convenzas por tu propia experiencia que hay muchos otros caminos que tú ignoras por los cuales se puede llegar á Dios, sal de tu monasterio y vete á otro que está cerca del Jordán. »

A estas palabras, Zozimo, imitador de la obediencia y de la fidelidad de Abrahán, salió de su monasterio, donde había vivido cincuenta y tres años en la observancia regular, y se fué al Jordán ; donde el mismo espíritu que lo había advertido, le hizo hallar bien pronto el monasterio. El portero á quien se presentó le condujo al superior, quien le interrogó sobre el motivo que le conducía á aquel lugar. Zozimo respondió con mucha modestia que iba con la intención de trabajar en su perfección ; porque había oído hablar de su monasterio tan ventajosamente, que esperaba aprovechar más allí que en otras partes. « El Señor, le respondió el superior, quien vé la debilidad humana, os hará conocer á vos y á nosotros su santa voluntad, y él mismo nos servirá de guía para cumplirla ; pero sabed que un hombre no podrá servir de gran utilidad á otro, si éste por su parte no vela sobre sí mismo y no trabaja en cumplir fielmente aquello que Dios pide de él, como el testigo y el juez de todas sus acciones ; sin embargo, ya que me aseguráis que no habéis venido aquí más que por su amor, quedaos con nosotros, esperando que el soberano Pastor de las almas que conoce á cada una de sus ovejas en particular, nos nutrirá á todos juntos con su divina gracia. »

Zozimo, al ver que le permitía quedarse en su monasterio, se postró y le pidió su bendición con mucha humildad, y siguiendo la costumbre le respondió *Amen*.

Muy pronto reconoció que Dios le había hecho ir allí pa-

ra destruir en él las raíces del amor propio, y estuvo bien lejos de creerse perfecto, cuando vió á que grado de santidad los religiosos de esta casa habían llegado. En efecto, eran unos hombres tan muertos al mundo y á sus cuerpos, como si hubiesen sido sepultados en la tumba. No tenían solicitud alguna por las cosas temporales, estando del todo ocupados en los bienes del cielo, en los cuales habían puesto su esperanza con todos sus afectos. El pan y el agua les bastaban para su sustento, y nada más deseaban; porque el amor de Dios de que su corazón estaba lleno, les hacía insípida toda nutrición terrestre. Su tiempo estaba ocupado por la salmodia y el trabajo, ó más bien, jamás interrumpían su salmodia; porque aparte que no había hora alguna en la noche en que no cantasen salmos, también trabajando los tenían en la boca como si estuviesen en la iglesia. Lo que también facilitaba más su recogimiento y su retiro, era la clausura en que vivían; pues la puerta del monasterio estaba siempre cerrada; ningún religioso salía de él sin una necesidad extrema, á excepción de la cuaresma por la razón que muy pronto exponremos. Esto también hacía que su monasterio no fuese frecuentado por los monjes de los desiertos vecinos, como también el ser poco conocido de ellos, y el vivir en él en perfecta soledad.

Era una costumbre establecida entre ellos que el primer domingo de cuaresma, después de haber asistido á los santos Misterios y participado por la santa comunión del cuerpo y sangre del Salvador, hicieran una ligera comida, y se reunieran enseguida en el oratorio, donde después de una larga oración y muchas genuflexiones, se daban á besar la paz, y postrándose á los pies del superior, decían su culpa y le pedían su bendición, para armarse y fortificarse por los combates que tendrían que sostener durante la santa cuaresma; después de lo cual abrían la puerta del monasterio y salían en procesión cantando el salmo que

comienza con estas palabras: *El Señor es mi luz y mi salud, ¿ que podré temer ? El Señor es el protector de mi vida, ¿ porque yo temo ?* Sin embargo siempre dejaban alguno en el monasterio, no, como dice el historiador de la Vida del Santo, para guardarlo de los ladrones, pues nada hubiesen encontrado para llevarse; pero sí á fin de que el oratorio no quedara sin ministro.

A cada religioso le era permitido llevarse alguna cosa para su nutrición, y los unos llevaban pan, los otros frutos secos, ó algunas legumbres, y otros nada llevaban de todo esto, contentándose con nutrirse de las yerbas que hallaban allí por donde pasaban. Se separaban después de haber pasado todos juntos el Jordán, y se alejaban los unos de los otros para no verse ya hasta el domingo de Ramos, en cuyo día debían volver al monasterio. Cuando divisaban alguno en su camino, debían, según su regla, evitar el encontrarlo, para no conversar más que con Dios y con sus ángeles. Cada uno era la regla de sí mismo, y á su vuelta á nadie más que al superior debía dar cuenta de aquello que había practicado. Así les estaba prohibido el informarse de que manera y en que abstinencia habían vivido los otros, porque en realidad sólo entraban al desierto para no tener más que á Dios por testigo de su penitencia; y si hubiesen hablado de ella á los otros, se hubieran expuesto á los lazos de la vanagloria, se hubieran puesto en peligro de perder el mérito de sus mortificaciones; pues, como hace notar muy á propósito el autor de esta historia, cuando se obra con la intención de agradar á los hombres, no solo no se saca fruto alguno de aquello que se hace, sino que aun se carga el alma.

Zozimo había ido al monasterio poco tiempo antes de la cuaresma; y esto no fué, añade su historiador, sin un designio particular de parte de Dios, quien quiso que la primera vez que entró en este desierto como los otros, hiciese

el feliz descubrimiento de uno de los modelos más perfectos de penitencia que se hallan en toda la historia eclesiástica.

Habiendo, pues, salido con su comunidad, y habiendo pasado el Jordán provisto de una pequeña provisión para vivir, se introdujo en una vasta soledad que unía los desiertos de la Palestina á los de la Arabia por la parte de Oriente. Se internó en él, ora por un lado, ora por otro, sin tener dirección fija; pero llevando la intención, como él mismo confesó, de descubrir, si Dios lo quería, algún Santo anacoreta que le hubiese dado nuevas luces para la vida espiritual; pues aunque la regla de su monasterio les mandase huir cuando encontrasen alguno en sus pasos, no era contravenir su espíritu el edificarse cerca de algún Santo que hasta entonces no hubiese sido conocido, y cuyo conocimiento procurase la Providencia; y Zozimo, quien poseía el espíritu de discreción, no creyó violarla secundando el deseo de hacer algún descubrimiento que pudiera animarle á la virtud.

Cumplía con fidelidad sus ejercicios de piedad á las horas prescritas por la regla, en particular la oración y la salmodia, las genuflexiones y los posternamientos delante de Dios, usados entre los solitarios. Comía en el tiempo señalado. Se acostaba sobre la tierra en el lugar donde la noche le sorprendía, tomando un descanso de algunas horas; y al día siguiente continuaba su marcha con mucha actividad, como si hubiese ido á un lugar determinado; lo que hacía con una santa alegría interior y un presentimiento secreto de que el mismo Dios guiaba sus pasos para su mayor gloria. Después de haber andado por espacio de veinte días de derecha á izquierda y viceversa, habiéndose detenido á la hora de Sexta, esto es al mediodía, para hacer su oración ordinaria, vuelto su rostro al Oriente, como tenía los ojos elevados al cielo, por un momento miró de medio ojo, y creyó divisar á su derecha como la fantasma

de un cuerpo humano. A su vista se horrorizó algún tanto, temiendo una ilusión de parte del demonio; sin embargo se escudó con la señal de la cruz, y continuó su oración hasta el fin. Después habiendo vuelto los ojos, vió en realidad una persona que marchaba por el lado del Mediodía, cuyo cuerpo desnudo había sido en extremo ennegrecido por los ardores del sol, y cuyos cabellos eran tan blancos como la lana, pero tan cortos que apenas descendían hasta el cuello.

El horror que al principio había experimentado se trocó en confianza y en una alegría extraordinaria, no dudando que esto fuese algún santo habitante de aquel desierto, que Dios había querido hacerle conocer para el mayor bien de su alma y de las de los otros, á quienes á su vuelta podría relatárselo. En el vivo deseo que sentía por saber quien era y que género de vida llevaba, parecía haber olvidado el peso de sus años y la gravedad de su edad. Corrió hácia la persona que véia, la cual por su parte se apresuraba tanto á alejarse de Sozimo, cuanto él mismo se esforzaba para conseguirla, hasta que esta persona habiendo descendido en un lugar bajo, que parecía ser el alveo de un torrente; aunque fuese seco, se ocultó á su vista y pasó al otro lado.

Sozimo la llamaba con todas sus fuerzas para rogarle que se detuviera, y le decía derramando lágrimas: « Cualquiera que seáis, servidor de Dios, ¿ porque huís de este pobre pecador? Deteneos, os lo suplico en nombre de aquel por cuyo amor os retirastéis en este desierto. Permitidme que os hable de más cerca y no desechéis así á este miserable viejo, que desea recomendarse á vuestras oraciones y recibir vuestra bendición; pues el Dios á quien servís y que debe un día coronar vuestros trabajos, á nadie desecha. »

Estaba hablando así cuando llegó todo sofocado al lugar que acabamos de nombrar, desde donde la persona que es-

taba al otro lado viendo que podía oír su voz le dijo : « Abad Sozimo, os ruego por el amor del Señor que no adelantéis más, pues yo soy una mujer, que nada tengo para cubrir mi cuerpo, y no es conveniente que me presente delante de vos en este estado. Si quereis, pues, que os hable, hechadme vuestro manto conque me pueda cubrir y entonces os rogaré que me déis vuestra bendición.

Sozimo, admirado de oírse nombrar por una mujer que jamás había visto y que sólo podía saber su nombre por una luz sobrenatural, al momento le tiró el manto usado que llevaba sobre su estola monástica, y habiéndose apartado volviendo el rostro al otro lado, aquella que le hablaba se cubrió y fué á arrojarle á sus piés para rogarle que la bendijera. El santo abad, como trasportado fuera de sí mismo de asombro, de admiración y de un temor respetuoso, también se puso de rodillas y le suplicó que le diera su bendición. Hubo allí como un combate entre la humildad y la caridad ; la solitaria insistiendo en suplicarle la bendijera, y Sozimo obstinándose en pedirle la misma gracia. Entonces la solitaria le dijo : « Os toca más bien á vos el hacerlo é invocar el nombre de Dios sobre mí, pues vos estáis elevado á la dignidad del sacerdocio y hace ya tanto tiempo que tenéis la preciosa dicha de ofrecer el sacrificio sobre el altar. »

Sozimo, siempre más asombrado de que ella supiera también que era sacerdote (pues había recibido el sacerdocio cuanto estaba en su primer monasterio), se quedó cada vez más confirmado en la alta idea de que esta mujer era una alma eminente y favorecida con los mayores dones del cielo. No podía, pues, decidirse á usar los derechos de su orden para bendecirla, y perseveraba en exigirlo de ella. Le decía dando suspiros acompañados de muchas lágrimas : « Se ve bien, ó madre mía espiritual, que el espíritu de Dios reside en vos, y que estando enteramente muerta al mundo,



taba al otro lado viendo que podía oír su voz le dijo :
« Abad Sozimo, os ruego por el amor del Señor que no adelantéis más, pues yo soy una mujer, que nada tengo para cubrir mi cuerpo, y no es conveniente que me presente delante de vos en este estado. Si queréis, pues, que os hable, hechadme vuestro manto con que me pueda cubrir y entonces os rogaré que me deís vuestra bendición.

Sozimo, admirado de oírse nombrar por una mujer que jamás había visto y que sólo podía saber su nombre por una luz sobrenatural, al momento le tiró el manto usado que llevaba sobre su estola monástica, y habiéndose apartado volviendo el rostro al otro lado, aquella que le hablaba se cubrió y fue á arrojarle á sus piés para rogarle que la bendijera. El santo abad, como trasportado fuera de sí mismo de asombro, de admiración y de un temor respetuoso, tambien se puso de rodillas y le suplicó que le diera su bendición. Hubo así como un combate entre la humildad y la caridad : la primera le suplicaba en pedirle la bendición, y la segunda insistía en pedirle la misma gracia. Entonces le volvió el rostro y le dijo : « Os toca más bien á vos el haceris honrar el nombre de Dios sobre mí, pues vos estáis elevado á la dignidad del sacerdocio y hace ya tanto tiempo que tenéis la preciosa dicha de ofrecer el sacrificio sobre el altar. »

Sozimo, siempre más asombrado de que ella supiera también que era sacerdote (pues había recibido el sacerdocio cuanto estaba en su primer monasterio), se quedó cada vez más confirmado en la alta idea de que esta mujer era una alma eminente y favorecida con los mayores dones del cielo. No podía, pues, decidirse á usar los derechos de su orden para bendecirla, y perseveraba en exigirle de ella. Le decía dando suspiros acompañados de muchas lágrimas : « Se ve bien, ó madre mía espiritual, que el espíritu de Dios reside en vos, y que estando enteramente muerta al mundo,

Tome 3



Gravé par Dorez

Saint Martinien

Imp. et Gravé par Dorez